



# La doctrina de los dos caminos y los dos espíritus en sus etapas iniciales y en los dos primeros siglos cristianos

Autor:

María Mercedes Bergadá

Revista:

Patristica et Mediævalia

1993, 14, 63-79

Artículo



## LA DOCTRINA DE LOS DOS CAMINOS Y LOS DOS ESPIRITUS EN SUS ETAPAS INICIALES Y EN LOS DOS PRIMEROS SIGLOS CRISTIANOS \*\*

MARÍA MERCEDES BERGADÁ \*

Dos temas hay que están presentes desde los tiempos más remotos en casi todas las culturas y que por su misma índole tienden a interconectarse: uno de ellos —que en cierto sentido podríamos decir objetivo y exterior al hombre— es la metáfora de *los dos caminos* que se ofrecen a la opción humana: el del bien, que lleva a la vida, y el del mal, que lleva a la muerte; el otro tema —subjetivo e interior al hombre, ya que se refiere a una decisión libre que él ha de tomar en su fuero interno— es el de *los dos espíritus*, contrapuestos entre sí, que pueden inspirarle e inclinarle para seguir uno u otro de esos dos caminos u opciones posibles que se presentan ante él. Y estos “dos espíritus” pueden designar otras tantas tendencias, pasiones, inclinaciones del mismo hombre —como las que Platón simboliza con el caballo blanco y el caballo negro en el mito del *Fedro* (253 cg)— o bien pueden significar entidades personales, distintas del hombre, que tratan de influir sobre el para llevarle hacia el bien o hacia el mal, hacia la luz o hacia las tinieblas. Son los buenos y los malos espíritus, o los ángeles y los demonios en el vocabulario que se irá generalizando en los primeros siglos cristianos.

Estos dos temas aparecen ya en los más antiguos documentos de la literatura espiritual cristiana: en la *Didajé* o Doctrina de los doce Apóstoles, en la llamada *Carta de Bernabé* y en *El Pastor* de Hermas, escritos todos ellos en los siglos I y II, posiblemente entre los años 80 y 150 o sea en la época de los llamados Padres Apostólicos. Pero detrás de estos primeros escritos cristianos hay toda una tradición anterior que nos lleva a rastrear sus fuentes —o sus antecedentes— así en la literatura griega y en la del período helenístico, que es la atmósfera cultural en la que se formaron estos ignotos autores, como también en el mazdeísmo persa y en la literatura religiosa judía,

\*\* La primera parte de este trabajo ya fue publicada, en forma más reducida, en *Stromata XLVIII* (1992), 213-220.

\* Centro de Estudios de Filosofía Medieval.

especialmente en la que corresponde al judaísmo tardío y a algunos grupos judeo-cristianos muy arcaicos<sup>1</sup>.

### En el mundo helénico

Nos limitaremos a señalar algunos antecedentes que nos parecen más directamente vinculados con nuestro tema.

En primer lugar, algo tan remoto como lo son unos versos (287-294) del poema de Hesíodo *Los trabajos y los días*, en los que amonestando a su hermano Perses, el poeta se expresa así:

“Y por tu bien te diré lo siguiente ¡oh insensatísimo Perses! La deshonestidad se puede adquirir por cantidades y fácilmente, pues *el camino que conduce a ella es llano* y está cerca de nosotros; en cambio, frente a la virtud los dioses inmortales han puesto sudor, y *el camino hacia ella es largo, empinado y arduo al principio*; pero cuando se llega a la cúspide, desde ahí se torna fácil, por muy escabroso que sea.

Solamente es perfecto aquel que *lo piensa todo y reflexiona sobre qué es mejor, del principio al fin*”<sup>2</sup>.

La respectiva caracterización de ambos caminos nos trae a la memoria el texto evangélico de Mt 7, 13-14: “ancha es la puerta y espaciosa la senda que lleva a la perdición, y son muchos los que por ella entran. ¡Qué estrecha es la puerta y qué angosta la senda que lleva a la vida, y cuán pocos dan con ella!”. Para dar con ella, o sea para acertar en la opción acerca de qué camino tomar, se hace necesario un *discernimiento*: pensarlo todo y reflexionar, desde el comienzo hasta el fin, para descubrir qué es lo mejor. Sólo quien así obra —y no quien sigue irreflexivamente sus impulsos o inclinaciones— podrá ser perfecto. Por último, señalemos que la acotación que hace Hesíodo

<sup>1</sup> En este último campo, resulta obvio señalar que el conocimiento de posibles fuentes se ha ampliado de manera extraordinaria a partir del descubrimiento de los manuscritos de Qumrán (especialmente en lo que hace al *Manual de disciplina* y otros textos de la espiritualidad esenia) y asimismo a partir de la profundización en el conocimiento del pensamiento de esos primeros grupos judeo-cristianos de la Iglesia primitiva, dispersados luego por Siria y Egipto tras la ruina de Jerusalén en el año 70. Son expresión de una mentalidad y una teología distintas en muchos aspectos de las que prevalecerán en la Iglesia a partir de la segunda mitad del siglo II, cuando a través de San Justino y los demás Apologistas se haya sellado el encuentro entre el kerygma cristiano y el universo conceptual aportado por la filosofía griega. Para asomarse a ese mundo religioso hasta hoy tan poco conocido sigue siendo fundamental la obra pionera de Jean Daniélou, S. J., *La Théologie du Judéo-Christianisme*, cuya segunda edición actualizada acaba de aparecer (Paris, Desclée-Cerf, 1991).

<sup>2</sup> Citamos según la traducción de Fotios Malleros K.: Hesíodo, *Los trabajos y los días*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria S. A., 1962.

acerca de que el camino de la virtud es áspero y penoso en sus comienzos, y largo, pero cuando se ha llegado a la cima “se torna fácil, por muy escabroso que sea, y se corre con prontitud, sin sentir ya el esfuerzo”, será más tarde una afirmación corriente en los grandes maestros de la vida espiritual.

Estas mismas características desiguales que presentan una y otra vía las hallamos en la *Y pitagórica*, tan difundida en toda la antigüedad. Sabido es que el pitagorismo, escuela filosófica de profunda raíz religiosa vinculada al orfismo, definía a la filosofía como *hódos tís tou bíou*, “un cierto camino de vida” que era a la vez “saber de salvación”. Y ya desde sus primeros tiempos había simbolizado con la *ypsilon* mayúscula (nuestra actual “Y griega”) la opción que había de hacer el hombre *in bivio*, cuando ante él se bifurca el camino y debe decidir cuál rama tomará. Pero en la representación pitagórica esas dos ramas no eran iguales: la izquierda se dibujaba con un trazo más grueso —el camino más fácil y transitado del vicio— mientras la rama derecha era representada por un trazo más delgado —la senda estrecha y para pocos de la virtud— pero que al alcanzar la misma altura que la otra rama (lo que correspondería a la “cumbre” de los versos de Hesíodo que acabamos de citar) sufre una inflexión y desde allí se ensancha: vale decir, la mayor facilidad para correr en la virtud una vez que se ha cumplido la áspera subida.

No queremos dejar el tema de las dos vías o dos caminos sin incluir una mínima referencia al *Poema de Parménides*, que proviene de esa misma atmósfera religiosa de la Magna Grecia (el sur de la actual Italia) que fue la cuna del pitagorismo, y que se presenta a través de un solemne *Proemio* como una “revelación” que un ser superior, una diosa, hace al filósofo que ha sido llevado hasta ahí a través de una ruta “abundante en signos”<sup>3</sup>: “Allí están las puertas *de los senderos de la Noche y del Día*” (notemos que también aparece aquí la vinculación, que será constante en el tema, de uno y otro sendero con la *luz* y las *tinieblas*) y la revelación que le será hecha a quien ha llegado a ese bivio contrapondrá el camino de la Verdad (en este caso no ya de una verdad moral, sino del fundamento de toda metafísica: que “el ser *es*, y no es posible el no ser”) al camino engañoso de las opiniones de los mortales, sendero “de lo que no es”, por completo inescrutable y del cual nada se puede pensar ni decir<sup>4</sup>.

En cuanto a las entidades que mueven al hombre a tomar uno u otro camino, ya las encontramos en acción en el relato que Pródico de Ceos, discípulo de Protágoras, escribió sobre Hércules y que Sócrates reproduce, según narra Jenofonte en sus *Memorabilia* II, i, 21-34, relato extenso del que sólo entresacamos algunos pasajes más significativos:

<sup>3</sup> Preferimos esta traducción para el *polyphemón* del texto (un camino donde son dichas o reveladas muchas cosas) en lugar de la frecuente y anodina “renombrado” (del que mucho se habla).

<sup>4</sup> Cf. Diels-Kranz, *Fragmente der Vorsokratiker*, fr. 1 y 2 de Parménides.

“Cuenta que Hércules, apenas salido de la infancia y en esa edad en que los jóvenes, dueños ya de sí mismos, ponen de manifiesto *si en su vida seguirán el camino de la virtud o bien el del vicio*, se retiró a la soledad y sentado estaba ponderando *qué camino había de seguir*. Presentáronse a sus ojos dos mujeres de elevada estatura, una de ellas bella de ver y de noble naturaleza; adornado su cuerpo de pureza, sus ojos de modestia, su figura entera de comedimiento, sus vestidos blancos. Mientras que la otra, rolliza, muelle, bien maquillada, de manera que pareciese más blanca o rosada que en realidad era... Ojos bien abiertos, vestido que hiciera brillar sus encantos, mirándose y remirándose con admiración de sí misma...

“Cuando llegaron cerca de Hércules conservó la primera el mismo paso, mientras que la segunda, queriendo adelantarse a la primera, corrió hacia el joven héroe y le dijo: ‘Hércules, veo que estás aún dudando *acerca del camino que has de seguir en la vida*. Si me quieres tomar por amiga te llevaré por el camino más fácil y agradable, gustarás de todos los placeres. Vivirás libre de penas. [...] Si en alguna ocasión tienes miedo de carecer de estas cosas, [...] no temas verte forzado a trabajar y penar para procurártelas. No; te aprovecharás de los demás y en nada tendrás que refrenar tus apetencias de lucro. Porque a los que me siguen les doy autoridad de sacar partido de todo’. Y Hércules, habiendo oído todo esto, contestó: ‘Mujer, ¿cuál es tu nombre?’. ‘Mis amigos —dijo— me llaman Felicidad, pero los que me odian, por darme nombre afrentoso, me llaman Maldad’.

“Mientras tanto llegó la otra mujer y dijo: ‘También yo vengo a ti. Conozco a tus padres y conozco muy bien, desde que naciste, tu complexión. Así que espero que, si siguieres mi camino, llegarás a ser un día el ilustre hacedor de bellas y gloriosas hazañas y yo seré más honrada a los ojos de los buenos. No te engañaré con promesas de placer; te expondré, por el contrario, la verdad tal como los dioses la han dispuesto. Todo lo honesto y bello dispusieron los dioses darlo a los hombres en pago de trabajos y cuidados. Pero si quieres que los dioses te sean propicios es menester que les rindas el culto debido; si quieres ser querido por los amigos, es preciso que seas amigo y bienhechor a la vez; [...] si quieres ser fuerte has de acostumbrar a tu cuerpo a someterse a la inteligencia mediante trabajos y sudores’.

“Y tomando la palabra la Maldad dijo, como refiere Pródico: ‘¿Comprendes ahora, Hércules, que *penoso y largo* es el camino de felicidad que esta mujer acaba de trazarte? Yo, por el contrario, te conduciré al mismo término por uno *más breve y más fácil*’”.

En este caso se trata de simples personificaciones simbólicas de la

Virtud y la Maldad, lo mismo que en el caso de *El Cuadro de Cebes*<sup>5</sup>, un escrito de inspiración cínico-estoica (o para otros pitagórica) en la línea de lo que podríamos llamar “literatura de divulgación religiosa popular”, en el cual se realiza una interpretación alegórica de las figuras de un cuadro —que se supone pintado por “un seguidor de Pitágoras y de Parménides” y ofrecido como don al santuario de Crono— que representa precisamente *los dos caminos* pero ilustrados con una serie de figuras femeninas que personifican las virtudes y los vicios. A través de la interpretación alegórica que el autor va haciendo —y que es presentada como una suerte de *iniciación*— aparecen descritos la vida moral y los distintos estados del alma en cuanto al bien y al mal y a lo que no es ni bueno ni malo (los *adiáphora* de los estoicos)<sup>6</sup>.

Pero también era frecuente la afirmación de entidades *personales*, llámense *espíritus* o *demonios* (que no necesariamente han de ser malignos) que inspiran al hombre o tratan de influir en su conducta<sup>7</sup>. Y asimismo fue bastante común la creencia —que más tarde encontraremos en *El Pastor* (*Prec.* VI, 2, 1) y en algunos Padres de la Iglesia de los primeros siglos— de que *a cada hombre le estaban asignados dos espíritus*, uno bueno y otro malo<sup>8</sup>. Por otra parte, podríamos mencionar asimismo ya en un remoto presocrático como es Heráclito un intento, que algunos dirían “psicologista”, de reducir estas entidades al mero temperamento o carácter de cada individuo. Así dice, según un testimonio de Estobeo (*Florileg.* IV, 40) que “el carácter es para el hombre su demonio”<sup>9</sup>.

## En el Oriente Medio

También allí aparece la doctrina de los *dos espíritus*, especialmente en los textos del reformador religioso que fue Zaratustra o Zoroastro, allá por el siglo VI a. C. Para él uno solo era el Dios supremo, Ahura-Mazda, que es bueno y santo, y todo lo ha creado con su pensamiento: el mundo, los espíritus, los hombres. En el comienzo engendró *dos espíritus* gemelos, que eligieron uno el Bien y la Vida (Spenta Mainyu, el Espíritu Bienhechor) y el otro el mal y la muerte (Angra Mainyu, el

<sup>5</sup> En él se inspirará indudablemente *El Pastor* de Hermas (*Vis.* III, 3; *Sim.* VI, etc.), una de las primeras obras cristianas que trata el tema del *discernimiento*.

<sup>6</sup> Para mayor información puede consultarse el extenso estudio de Robert Joly, *Le Tableau de Cébès et la philosophie religieuse*, Bruxelles, 1963, Collection “Latomus”, vol. LXI.

<sup>7</sup> Cf. J. Daniélou, *Les anges et leur mission d'après les Pères de l'Église* (2e. éd., Paris, Desclée, 1990), pp. 120-124.

<sup>8</sup> Para más información al respecto cf. el clásico y erudito artículo de P. Boyancé, “Les deux démons personnels dans l'Antiquité grecque et latine” en *Revue de Philologie* (1935), pp. 189 ss.

<sup>9</sup> Cf. Diels-Kranz, fr. 119 de Heráclito.

Espíritu Destructor). Lo cual implica —y esto es muy importante— que ambos espíritus son diferentes por *elección*, y no por naturaleza. Y lo mismo se diga de los demás espíritus creados que en un tiempo primordial optaron por seguir a uno o a otro y coadyuvan así, hacia el bien o hacia el mal, en este combate que se libra en torno a cada hombre.

En una de las *gathas* o textos sagrados, se afirma que

“En el comienzo existían los dos espíritus, gemelos y autónomos, que proclamaron como sus principios en pensamiento, palabra y acción el uno el bien, el otro el mal.

Y entre estos dos, los inteligentes eligen bien, no así los necios”.

Cabría preguntarse si hay un cierto socratismo en esta afirmación de que sea cuestión de inteligencia, más que de voluntad, el *elegir* bien. Pero podría responderse que aunque quien elige es la voluntad libre, siempre lo hace iluminada por la inteligencia, a la luz de lo que ésta le muestra para una u otra alternativa.

## En el mundo judío

Como es obvio, se impone comenzar por preguntarnos qué nos ofrece al respecto la Sagrada Escritura, en este caso el Antiguo Testamento. Y hallamos en primer lugar dos textos del *Deuteronomio* (11, 26 y 30, 15-20), el último de los cuales, más ceñido al esquema de los dos caminos y la opción decisiva, dice así:

“Mira, yo pongo hoy ante ti *vida y felicidad, muerte y desgracia*. Si escuchas los mandamientos de Yahveh tu Dios que yo te prescribo hoy, si amas a Yahveh tu Dios, si *sigues sus caminos* y guardas sus mandamientos, preceptos y normas, vivirás y te multiplicarás; Yahveh tu Dios te bendecirá en la tierra a la que vas a entrar para tomarla en posesión. Pero si tu corazón *se desvía* y no escuchas, si te dejas arrastrar a postrarte ante otros dioses y a darles culto, yo os declaro hoy que pereceréis sin remedio [...] Pongo hoy por testigos contra vosotros al cielo y a la tierra: *te pongo delante vida o muerte, bendición o maldición. Escoge la vida*, para que vivas, tú y tu descendencia, amando a Yahveh tu Dios, escuchando su voz, viviendo unido a él: pues en eso está tu vida...”.

Podríamos asimismo mencionar el *Salmo 1, 1-6*:

“Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos, ni *en la senda de los pecadores se detiene* [...] Porque Yahveh conoce el camino de los justos, pero el camino de los impíos se pierde”.

Y *Jeremías* 21, 8 aunque en su sentido literal se refiere a una opción coyuntural:

“Y a ese pueblo le dirás: ‘Así dice Yahveh: Mirad que yo os propongo *el camino de la vida y el camino de la muerte*. Quien se quede en esta ciudad morirá de espada, de hambre y de peste. El que salga y caiga en manos de los caldeos que os cercan, vivirá y eso saldrá ganando’”.

Finalmente, el tema se hace más abstracto y se vuelve más afín con lo que habíamos visto en el mundo helénico, en estos textos de *Proverbios* 4:

“En el *camino* de la sabiduría te he instruido, te he encaminado por los *senderos* de la rectitud” (v. 11). “No te metas por la *senda* de los perversos, ni vayas por el *camino* de los malvados” (v. 14). “La *senda de los justos* es como la luz del alba, que va en aumento hasta llegar a pleno día. Pero *el camino de los malvados* es como *tinieblas*, no saben dónde han tropezado” (vv. 18-20).

Como se habrá notado, aparece por primera vez, en este último texto, la asociación del camino del bien con la luz, y del mal con las tinieblas, que ya tuvimos ocasión de señalar en el mundo helénico. Pero así y todo hay una enorme distancia entre estos escuetos textos y la doctrina de los dos caminos, y de los dos espíritus y sus características respectivas, tal como la encontraremos esbozada en la *Carta de Bernabé* y formulada con más amplitud en el *Pastor de Hermas*. Más aún, podemos afirmar que la doctrina de *los dos espíritus*, como tal, no se encuentra en los libros canónicos del Antiguo Testamento. Habrá que rastrear, pues, en otros ambientes, al margen del judaísmo oficial rabínico, el surgimiento y desarrollo de esta doctrina que no deja empero de estar encuadrada en el marco de la teología veterotestamentaria de los dos caminos. Esto ya lo vieron claro los investigadores del siglo XIX y de la primera mitad del XX, al encontrarse con los evidentes paralelismos que esta doctrina presentaba en los primeros textos cristianos que la exponían —la *Carta de Bernabé* y *El Pastor de Hermas*— que indudablemente remitían a una común fuente de inspiración en uno o más textos anteriores<sup>10</sup>. Y los magros resultados que arrojaban las búsquedas por el lado de los llamados “apócrifos del Antiguo Testamento” (vgr. la *Ascensión de Isaías*, el *Segundo Henoch*, los *Testa-*

<sup>10</sup> Esta fuente no podría ciertamente ser las escasas y fragmentarias alusiones a esta temática que pueden encontrarse en el NT (vgr. el texto ya mencionado de Mt 7,16 “Por sus frutos los conoceréis” o los de la 1 Jn en cuanto a caminar en la luz o en las tinieblas y las obras que han de atestiguarlo: 1,5-6; 2,9-11). Por tanto, compartimos la opinión de P. Lluís-Font, en cuanto a que textos como éstos más bien son “une allusion à une doctrine connue par ailleurs, au lieu d’être une exposition directe” (“Sources de la doctrine d’Herma sur les deux esprits”, *Revue d’Ascétique et de Mystique* [1963] 83-98, aquí p. 93).

*mentos de los XII Patriarcas*) no dejaron de sugerir a la intuición y olfato de más de un experto la existencia de un eslabón desconocido en el proceso de desarrollo de esta doctrina. Habría que esperar hasta el trascendental hallazgo de los rollos del Mar Muerto para ver confirmadas plenamente esas intuiciones y tener la clave del problema: la comunidad esenia de Qumrán y sus documentos doctrinales, especialmente el *Manual de disciplina*.

En líneas generales, puede decirse que los manuscritos de Qumrán nos muestran que para los esenios el mundo presente es un campo de batalla en el que se enfrentan en lucha dos espíritus: el *Espíritu de Verdad*, llamado también Ángel de Verdad o *Príncipe de las Luces*, que gobierna a todos los *hijos de justicia* o *hijos de luz*, y el *Espíritu de perversión*, llamado también Ángel de las Tinieblas o Belial, que impera sobre todos los *hijos de iniquidad* o *hijos de tinieblas*.

El hoy célebre *Manual de disciplina* —posiblemente la obra fundamental del grupo esenio— contiene (III, 13 - IV, 26) una instrucción sobre los dos espíritus, que en lo esencial se expresa así<sup>11</sup>:

[Dios] “ha dispuesto para el hombre *dos espíritus*, para que marche en ellos hasta el momento de la visitación: son el espíritu de *verdad* y el de *perversión* [...] En la mano del *Príncipe de las luces* está el imperio sobre todos los *hijos de justicia* [...] y en la mano del *Ángel de las tinieblas* todo el imperio sobre los *hijos de perversión* [...] Y es a causa del Ángel de las tinieblas que se extravían los hijos de justicia, y todos sus pecados, todas sus iniquidades, [...] son efecto de su imperio” (III, 18-23).

Y a continuación explicará que todos los *espíritus* (vale decir, entidades personales, de menor jerarquía) que están sujetos a este Ángel de las tinieblas hacen tropezar a los hijos de la luz (24 a) mientras que, por el contrario, “el Dios de Israel y su Ángel de Verdad vienen en auxilio de todos los hijos de luz” (III, 24 b).

Se reconoce la influencia de uno y otro espíritu *por las obras que inspiran*, y aquí el capítulo IV del *Manual* se extiende en un catálogo de virtudes y vicios, similar a los que luego encontraremos en la *Didajé*, en la *Carta de Bernabé* y en *Hermas*.

“Es propio del espíritu de verdad iluminar el corazón del hombre... y a él pertenecen el espíritu de humildad y de longanimidad, la abundante misericordia y la bondad constante, la modestia de la conducta y la universal prudencia” (IV, 2-3. 5-6).

En cambio

“al espíritu de perversidad pertenecen la avaricia y el descuido en el servicio de la justicia, la impiedad y la mentira, el

<sup>11</sup> Citamos según la traducción francesa de M. Dupont-Sommer, *Les manuscrits esséniens découverts près de la Mer Morte*, Paris, 1959.

orgullo y la altanería del corazón, la fatuidad y el engaño, ...las obras abominables del ardor de la lujuria" (9-10).

Concluye el *Manual* esta exposición afirmando que *los caminos de estos espíritus son opuestos* y así ellos lucharán hasta el fin de los tiempos, cuando Dios exterminará a los malos (IV, 16-18)<sup>12</sup>. Mientras tanto, hasta que ese día llegue, "el espíritu de verdad y el de perversión *luchan en el corazón de cada uno*" (IV, 23).

Hasta aquí la doctrina de los dos espíritus tal como se nos presenta en el *Manual de disciplina*. Y corresponde al P. J.-P. Audet, O. P., el mérito de haber sido el primero en examinar exhaustivamente el problema<sup>13</sup> y demostrar, apoyándose en multitud de detalles concretos, que la versión cristiana de los dos caminos y de los dos espíritus debía depender —directa o indirectamente— de su modelo qumraniano. Su demostración tuvo amplia aceptación entre los expertos en el tema, y otros autores ampliaron su tesis probando también p. ej. que las listas paleocristianas de virtudes y vicios dependen igualmente de esta misma sección del *Manual*<sup>14</sup>.

Si se ha hablado de dependencia *directa* o *indirecta* de esos primeros textos cristianos respecto del *Manual de disciplina* eseno ello se debe a que bien podría haberse dado una intermediación de alguno de los textos del judaísmo tardío que se agrupan bajo la denominación general de "apócrifos del Antiguo Testamento", que ya hemos mencionado. Los cuales, si bien adoptan esas formas literarias (visiones, ascensiones, testamentos) que son típicas de ese período, no dejan a veces de presentar algunos rasgos netamente cristianos —debidos quizá a interpolaciones o remodelaciones ulteriores del texto originario— que hacen que el problema planteado por tales obras sea ante todo el de "discerner ce qui vient du judaïsme et ce qui est chrétien"<sup>15</sup>.

Para nuestro tema, el más importante de estos textos es el denominado *Testamentos de los XII Patriarcas*, que hay coincidencia en datar, en cuanto a su núcleo original, en el s. I a. C.: aunque más tarde haya podido ser interpolado o modificado en ambientes cristianos<sup>15</sup>.

<sup>12</sup> Creemos útil la comparación con el final de la *Carta de Bernabé*: "Quien [estos justos mandatos] del Señor cumpliera será glorificado en el reino de Dios; mas quien escogiere lo otro, perecerá con sus obras [...] Cerca está el día en que todo perecerá juntamente con el Maligno. Cerca está el Señor y su galardón" (XXI, 1-3).

<sup>13</sup> "Affinités littéraires et doctrinales du *Manuel de Discipline*", *Revue Biblique* 59 (1953), pp. 219-238.

<sup>14</sup> Más información, y algunas reservas, en la contribución de W. Rordorf, "Un chapitre d'éthique judéo-chrétienne: les deux voies", en el volumen *Judéo-Christianisme. Recherches historiques et théologiques offertes en hommage au Cardinal Jean Daniélou* (Paris, Recherches de Science Religieuse, 1972), pp. 109-128.

<sup>15</sup> Para más detalles de toda esta larga y complicada historia, puesto que el texto sólo nos ha llegado en su versión griega y en otras versiones al armenio y al eslavón, y de las diversas opiniones en cuanto a las posibles modificaciones sufridas por el texto original, cf. F.-M. Braun, "Les

Encuadrado en el género literario de los "testamentos", frecuente en la época, el autor imagina que, en la hora de la muerte, cada uno de los doce hijos de Jacob pasa revista a su vida y saca de ello lecciones que lega a sus descendientes, junto con profecías sobre el porvenir de cada una de las doce tribus y los últimos tiempos. Si bien en líneas generales puede señalarse como fuente de inspiración las bendiciones de Jacob consignadas en Gn 49 y las de Moisés en Dt 33, la presencia de algunas doctrinas características, entre ellas precisamente la de los *dos espíritus*, ha decidido a la mayor parte de los investigadores actuales a vincular este texto con el grupo de Qumrán, no precisamente porque su ignoto autor fuese un esenio —ya que hasta ahora no se ha encontrado fragmento alguno del arquetipo entre los manuscritos qumránicos estudiados— sino porque aun siendo ajeno a la Comunidad de la Alianza parece indudable que ha conocido el *Manual de disciplina* y otros escritos dado que, según afirma resueltamente F.-M. Braun en un detallado estudio, "entre les *Testaments* et les manuscrits du désert de Juda, les affinités sont frappantes"<sup>16</sup>.

Probada así su conexión con los grupos esenios, pero igualmente la posterior evolución del texto primitivo en ambientes ya judeo-cristianos, es oportuno recordar que "un primer rasgo que el judeo-cristianismo recibe del judaísmo, y más particularmente de los ambientes esenios —traducimos a Daniélou— es la *doctrina de los dos espíritus*. [...] Ella expresa esencialmente la existencia de una *doble orientación* en el interior del alma humana. Esta doble orientación es a veces considerada como la *oposición de dos tendencias*. Es la doctrina de los dos *yesser* que existía en el judaísmo contemporáneo de Cristo y que persistirá en el rabinismo"<sup>17</sup>.

Así en el *Test. Aser* I, 3-4 se afirma que

"Dios ha dado *dos caminos* (*hodoí*) a los hijos de los hombres, y dos *inclinaciones* (*diaboulía*)<sup>18</sup> y dos maneras de obrar y dos fines".

---

Testaments des XII Patriarches et le problème de leur origine" en *Revue Biblique* LXVII (1960), pp. 516-549.

<sup>16</sup> Ibid., p. 518. El mismo autor cita allí las opiniones de Milik: "Le caractère essénien des *Testaments* est incontestable" (RB LXII 1955, p. 298) y de M. Delcor: "Il faut certainement minimiser le nombre des interpolations chrétiennes invoquées par certains auteurs. Avant les *découverts de Qumrán* (subrayado nuestro) on avait trop facilement mis sur le compte des interpolations chrétiennes des passages de saveur plus ou moins chrétienne" (*Dix ans de travaux sur les manuscrits de Qumrán*, en RT LVIII, 1958, p. 775).

<sup>17</sup> Jean Daniélou, *Théologie du Judéo-Christianisme*, p. 453.

<sup>18</sup> Acota Daniélou: "On remarquera que c'est le mot *diaboulion* qui traduit l'hébreu *yesser*. On le trouve fréquemment dans les *Testaments* [...]. Ce mot, qui apparaît déjà dans les LXX, sera remplacé plus tard par le terme *logismós* qui est d'origine stoïcienne [...] C'est lui que reprendront Origène, Grégoire de Nysse, Évagre, dans leur psychologie de la tentation" (o. c., p. 454).

Y sigue en ese texto (5-9) la consabida lista de obras que corresponden a una y otra inclinación, similar a la que ya vimos en el *Manual de disciplina* y a las que encontraremos en los primeros textos cristianos: en la *Didajé*, en la *Carta de Bernabé* y en *El Pastor*.

Cuando estas inclinaciones se personifican, los hombres pasan a estar tironeados por dos clases de espíritus, unos buenos y otros malos, estos últimos sujetos a Belial, el peor enemigo (*Juda XXV, 3; Iss. VI, 1; Nepht. III, 1*). Y ya en *Juda XX, 1-5* el patriarca había advertido a sus hijos que *dos espíritus* se ocupan del hombre, el espíritu de verdad y el espíritu de mentira (o de extravío), y en medio de ellos está el espíritu de *discernimiento* (¿el espíritu del propio hombre, con su libre albedrío?) al que toca decidir. Sin embargo, pareciera haber naturalezas más buenas o mejor predisuestas que otras, ya que en *Benj. VI, 1* se dice que “la inclinación del hombre bueno no lo entrega a Belial, pues el Ángel de la paz guía su alma”.

Pero falta aun señalar un paso en este proceso, y es la afirmación de *un demonio particular encargado de cada vicio y un ángel encargado de cada virtud*. Esta doctrina también se encuentra en los *Testamentos* “sin que pueda decirse con certeza si procede del fondo judío o si es judeo-cristiana”<sup>19</sup>. Se habla así del espíritu de cólera (*pneûma tou thymoû*) en el *Test. Dan. I, 8*; del espíritu de celos (*Test. Sim. IV, 7*); del espíritu de envidia y de jactancia (*Test. Dan. I, 6*); del espíritu de lujuria (*pneûma epithymías*) en el *Test. Jud. XI, 1*. Y especialmente el *Testamento de Rubén* pone en relación los siete vicios principales con los *siete demonios*, que son los siete espíritus de extravío<sup>20</sup>, y a cada uno de los siete demonios asigna su sede en un órgano distinto (*III, 3-6*).

### Los primeros textos cristianos: la “Didajé” y la Carta de Bernabé

La *Didajé* o “Doctrina del Señor a las naciones por medio de los Doce Apóstoles”, cuyo texto ampliamente difundido en los primeros siglos cristianos padeció luego un largo eclipse hasta que en 1875 fue descubierto por el arzobispo de la Iglesia griega Philotheos Bryennios en un códice de la biblioteca del Hospital del Santo Sepúlcro en Constantinopla que contenía también la llamada *Carta de Bernabé* y las dos cartas de Clemente Romano, es sin duda el más antiguo de los

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 455.

<sup>20</sup> “Ce passage —écrit Daniélou— exercera une influence considérable sur Origène (subrayados nuestros). Par ailleurs il est difficile de ne pas voir des allusions à cette doctrine dans les sept démons chassés de la pécheresse de Magdala (Lc 8,2) et plus encore dans les sept esprits (*pneûmata*) que l'esprit impur, chassé d'un homme, ramène avec lui (Mt 12, 45). C'est là sans doute l'origine de la doctrine des sept péchés capitaux” (*ibid.*, p. 455).

escritos cristianos<sup>21</sup> y podríamos decir que constituye un nexo entre ese primer cristianismo todavía muy judaico y la literatura posterior mucho más penetrada por el espíritu griego.

Aun admitiendo que haya sido objeto de posteriores reelaboraciones su fondo aparece como decididamente judeo-cristiano, opina Daniélou<sup>22</sup>, quien no vacila en afirmar que "eso es evidente para la parte moral, el *Tratado de los dos caminos*, cuyo carácter judaizante había sido señalado ya hace mucho tiempo y se vio confirmado espectacularmente por el descubrimiento del *Manual de disciplina*, pues en él se encuentra la misma doctrina".

Y ésta es precisamente la parte que interesa a nuestro tema, que está contenida en los primeros seis capítulos y comienza rotundamente así:

I, 1 "*Dos caminos hay, uno de la vida y otro de la muerte, y es mucha la diferencia entre los dos caminos*".

A partir de ahí, y tras enunciar que "éste es el camino de la vida" (*hodòs tês zoês*) comienza una sencilla enunciación de preceptos morales (amar a Dios y al prójimo, devolver bien por mal y amar al enemigo, dar limosna) seguida de otra enumeración (II y III) de lo que *no* se debe hacer (no matar, no robar, no cometer adulterio, "no matarás al hijo en el seno de su madre, ni quitarás la vida al recién nacido", no mentir, no levantar falso testimonio, no ser iracundo ni codicioso, ni disputador, ni murmurador, ...). Siguen luego (IV) una serie de normas para comportarse dentro de la comunidad cristiana y en la familia, y toda esta breve instrucción moral se cierra con la misma afirmación con que empezó: *haúte estîn he hodo tês zoês*: "éste es el camino de la vida".

El capítulo V se iniciará con la enunciación: "Mas el camino de la muerte (*he toû thanátou hodós*) es éste", y anuncia que "ante todo, es camino malo y lleno de maldición", enumerando a continuación un denso y nutrido catálogo: "muertes, adulterios, codicias, fornicaciones, robos, idolatrias, magias, hechicerías, rapiñas, falsos testimonios, hipocresías, doblez de corazón, engaño, soberbia, maldad, arrogancia, avaricia, deshonestidad en el hablar, celos, temeridad, altanería, jactancia".

2. "*Este camino siguen los perseguidores de los buenos, los aborrecedores de la verdad, los amadores de la mentira, los que no conocen el galardón de la justicia, los que no se adhieren al bien y al justo juicio, los que velan y no para el bien, sino para el mal; los que están lejos de la mansedumbre y la paciencia, amadores de la vanidad, buscadores de su paga, que no se*

<sup>21</sup> J.-P. Audet, *La Didachè. Instruction des Apôtres* (Paris 1958) la ubica entre los años 50 y 70, aunque hoy es generalmente admitido que luego sufrió remodelaciones.

<sup>22</sup> *Théologie du Judéo-Christianisme*, p. 59.

compadecen del pobre, no sufren por el atribulado, no conocen a su Creador; matadores de sus hijos, corruptores de la imagen de Dios; los que rechazan al necesitado, oprimen al atribulado, abogados de los ricos, jueces injustos de los pobres, pecadores en todo”<sup>23</sup>.

Tras esta larga enumeración —que no parece haber perdido actualidad— y tras desear a sus adoctrinados que se vean libres de todo eso, concluye este pequeño tratadito moral con una advertencia que inicia el breve capítulo VI:

VI, 1: “Vigila para que nadie te extravíe *de este camino de la doctrina*, pues te enseña fuera de Dios”.

Hasta aquí lo que nos concierne en cuanto a la *Didajé*. Pero apenas estuvo este texto al alcance de los estudiosos a partir de su descubrimiento y edición en 1875 que ya mencionamos, no dejó de llamar la atención el sorprendente paralelismo con los capítulos finales —dedicados precisamente a la instrucción moral— de un escrito de la misma época ya conocido y que, en virtud de una curiosa atribución de autoría hecha por Clemente de Alejandría (*Strom.* II 7, 35, 5), se difundió con el nombre de *Epístola de Bernabé*, que no sería otro que el discípulo de ese nombre compañero de andanzas apostólicas de San Pablo.

Escrita en un griego bastante deficiente, a juicio de Daniélou y otros expertos “muchos elementos en ella recuerdan el ambiente esenio y aparecen como persistencias del judeo-cristianismo primitivo”, si bien toda la *Carta* en su conjunto “expresa el esfuerzo de un judeo-cristiano para apartar a los judíos de las observancias rituales y mostrarles en el cristianismo la verdadera realización del judaísmo”<sup>24</sup>. Todo esto es más notable en la primera parte, dedicada a la exégesis del AT especialmente en lo que se refiere al Templo y a las observancias de la Ley, con amplia utilización de la literatura apocalíptica judía. Mas la dependencia respecto de esos textos no deja de manifestarse también, y de manera contundente, cuando llegamos a esos capítulos finales (XVIII-XXI) en los que —inspirándose evidentemente en la misma fuente que utilizó el desconocido autor de la *Didajé*— desarrolla el mismo tema pero con las diferencias que saltan a la vista. Pues dice así:

XVIII. “Pasemos también a otro género de conocimiento y doctrina. *Dos caminos hay*, de doctrina y de potestad (*didajés kai exousías*), el camino de la luz y el camino de las tinieblas. Y grande es la diferencia que hay entre los dos caminos. Porque sobre el uno están apostados los ángeles de Dios, portadores de luz; sobre el otro, los ángeles de Satanás. Y el uno es Señor

<sup>23</sup> Utilizamos la traducción de D. Ruiz Bueno en *Padres Apostólicos* (BAC, Madrid, 1974).

<sup>24</sup> *Théologie du Judéo-Christianisme*, p. 65.

desde los siglos y hasta los siglos; el otro es el príncipe del presente siglo de la iniquidad”<sup>25</sup>.

Si comparamos con el texto que acabamos de ver en la *Didajé*, observaremos que aquel, mucho más breve, se limitaba a afirmar la existencia de dos caminos (sin la especificación que los refiere tanto a la “doctrina” como al “poder”) y a caracterizarlos como de la *vida* el uno, y de la *muerte* el otro. Tras lo cual, cerraba con la observación de que es mucha, o grande, (*pollé*) la diferencia entre ambos caminos. En cambio aquí los caminos no son ya caracterizados como “de la vida” y “de la muerte” sino como “de la luz” y “de las tinieblas”, y aparecen en escena “los ángeles de Dios, portadores de luz” y los “ángeles de Satanás”.

A continuación, como ocurría en la *Didajé*, se expone el camino de la luz:

XIX: “El camino de la luz (*he hodòs toú photós*) es éste: Si alguno quiere andar su camino hacia el lugar definido, apresúrese por medio de sus obras. Pues el conocimiento (*gnosis*) que nos ha sido dado para caminar en él es así: Amarás a aquel que te hizo (*tòn poiésantá se*), temerás al que te plasmó (*tòn se plásanta*), glorificarás al que te redimió de la muerte. Serás sencillo de corazón y rico de espíritu. No te juntarás con los que andan *por el camino de la muerte*; aborrecerás todo lo que no es agradable a Dios, odiarás toda hipocresía, no abandonarás los mandamientos del Señor”.

Y sigue una serie de prescripciones muy similares a las de la *Didajé* (incluida la prohibición del aborto y del infanticidio: “No matarás a tu hijo en el seno de la madre, ni una vez nacido le quitarás la vida”), hasta cerrarse con una frase final que si en la *Didajé* era “éste es el camino de la *vida*” aquí será: “Este es el camino de la *luz*” (XIX, 12).

A continuación corresponde describir el camino del mal, la lista de cuyas obras es muy similar, y por momentos literalmente idéntica, a la que vimos en la *Didajé*. Pero hay una particularidad muy notable y es que este camino ya no es presentado como “camino de la muerte” —como lo hacía la *Didajé* contraponiéndolo al de la vida— ni como camino de las tinieblas, ya que el del bien había sido denominado “camino de la luz”, sino que esas previsibles tinieblas resultan personificadas en la curiosa denominación de “camino del Negro” (*he toú mélanos hodós*), que es “torcido y lleno de maldición, pues es camino de muerte eterna con castigo” (XX, 1). Y en la exhortación que cierra la carta (XXI) se advierte que “está cerca el día en que todo perecerá juntamente con el Maligno. Cerca está el Señor y su galardón”.

Como bien observa Daniélou, son muchos los elementos que en esta titulada *Carta de Bernabé* hacen recordar el ambiente esenio y

<sup>25</sup> Aquí también, con pequeñas modificaciones, seguimos la traducción de Ruiz Bueno.

se presentan como supervivencias del judeo-cristianismo. Y esto es especialmente notable en lo que respecta al tratado *de los dos espíritus*, donde los rasgos esenios se dan mucho más acentuados que en la *Didajé*, concretamente en la personificación de los espíritus y en el nombre de “el Negro” aplicado al demonio. Y señala nuestro autor que la expresión “el Negro” reaparecerá entre los ebionitas, cuya ascendencia esenia está demostrada <sup>26</sup>.

### El Pastor de Hermas

Como última etapa de este rastreo —que no ha pretendido ir más allá de los escritos cristianos de los dos primeros siglos y los antecedentes del tema en el mundo helénico y en el judaísmo— llegamos a la primera exposición sistemática y expresa de la doctrina del *discernimiento de espíritus*, tal como la encontramos en ese curioso escrito —el primero en la literatura cristiana que por su extensión merezca ser llamado libro— que bajo la autoría de un Hermas que parece escribirlo en Roma a fines del siglo I tuvo amplia difusión en toda la antigüedad bajo el título *El Pastor* y hasta llegó a integrar más de una lista de libros presuntamente inspirados <sup>27</sup>.

Esta obra, que se inscribe resueltamente en el género de la literatura apocalíptica que era frecuente en el judaísmo tardío, consta de tres partes que son las *Visiones*, los *Mandamientos* o *Preceptos*, y las *Semejanzas* o *Comparaciones*.

En esa primera parte, en la que la Iglesia se le aparece bajo la figura primero de una anciana y finalmente de un Pastor que es quien seguirá instruyéndolo, a través de la alegoría de la construcción de una torre y las distintas piedras que son aceptadas o rechazadas para integrarla, Hermas es instruido acerca de la penitencia y las posibilidades que tienen de integrarse en la comunidad de los santos aquellos que bajo algún aspecto han pecado. En toda esta serie de *Visiones* que exponen lo dicho, apenas podemos relevar como de interés para nuestro tema una que otra alusión a marchar rectamente por los caminos de la justicia (*Vis. II, 2.6*) o a aquellos que, a causa de sus dudas y vacilaciones (*dipsyjjai*) abandonan “el camino verdadero” (*tèn hodòn tèn alethinèn*). Y una serie de figuras femeninas en torno de la torre, que representan la fe y varias virtudes (*Vis. III, 8, 3-9*) parecen indudablemente inspiradas en aquel libelo religioso de inspiración cíneo-estoica o quizá neopitagórica conocido como *El Cuadro de Cebes*.

En la segunda parte, los *Preceptos* o *Mandamientos*, podemos también hallar trazas de las fuentes que hemos reseñado al toparnos, por

<sup>26</sup> Cf. *Théologie du Judéo-Christianisme*, pp. 65-66.

<sup>27</sup> Para mayor información acerca de la obra, el autor y todas las controversias al respecto puede consultarse la *Introduction* de Robert Joly a su edición en la colección “Sources Chrétiennes”: Hermas, *Le Pasteur* (2e. éd. revue et augmentée. Paris, Cerf, 1968).

ejemplo, en *Prec. II*, 3 con la advertencia de que “mala es la murmuración, demonio indisciplinado que nunca está en paz, sino que tiene su vivienda entre las disensiones”, y en *Prec. II*, 2-4 una invectiva contra los mentirosos que “reniegan del Señor y lo despojan, pues no le devuelven el depósito que les había confiado. Pues han recibido de El un espíritu que no miente... Como siervo de Dios, hubieras debido caminar en la verdad, no hacer cohabitar en ti una mala conciencia con el espíritu de verdad, no afligir a un espíritu augusto y verídico”.

Al comienzo del *Precepto V* ya se presenta más resueltamente la lucha entre espíritus opuestos que pueden habitar el corazón del hombre:

“Si eres paciente, el espíritu santo<sup>28</sup> que habita en ti se verá libre de ser oscurecido por otro espíritu malo. Hallando un gran espacio libre, estará contento, se complacerá con su habitáculo y servirá a Dios con gran alegría puesto que tendrá comodidad para ello. Pero si sobreviene un acceso de cólera, enseguida este espíritu santo, que es delicado, se encuentra incómodo, sin espacio libre, trata de dejar ese lugar, pues se ve sofocado por el espíritu malo, y ya no tiene espacio para servir a Dios como quiere, manchado como está [¿el espíritu, o el lugar donde habita?] por la cólera. Pues el Señor habita en la paciencia y el diablo en la cólera. Que esos dos espíritus habiten juntos es pues un gran mal para el hombre en quien habitan” (*Prec. V*, 1, 2-4).

Pero la exposición sistemática y expresa de la doctrina de los dos caminos aparece finalmente en *Prec. VI*, 1, 2-4:

“... la justicia sigue un camino recto, la injusticia uno tortuoso. Pero tú sigue el camino recto y parejo; dejando el camino tortuoso. El camino tortuoso no está expedito, sino impracticable, lleno de obstáculos, de piedras y espinas. Es funesto para los que lo toman; en cambio aquellos que toman el camino recto marchan por un terreno parejo y sin obstáculos, porque no es pedregoso ni espinoso. Mira pues cuál te conviene tomar”<sup>29</sup>.

Y a continuación se hace lo mismo con la doctrina de los dos espíritus y de su discernimiento, cuya exposición ocupa todo el VI, 2:

<sup>28</sup> Aunque la doctrina trinitaria de Hermas y su pneumatología son bastante extrañas y han dado mucho que hacer a los teólogos, preferimos interpretar que aquí alude a un “espíritu santo” en el sentido de un espíritu bueno, que viene de parte de Dios, y no al Espíritu Santo que es una de las tres personas divinas. Las expresiones referidas a que este espíritu “sirve a Dios con gran alegría” y cuando la cólera ha invadido al hombre “ya no tiene espacio para servir a Dios como quiere” nos parecen confirmar esta interpretación, pese a que en el texto francés de la edición de “Sources Chrésiennes” aparece como “Esprit Saint”, con mayúsculas.

<sup>29</sup> No deja de llamarnos la atención que, así como es frecuente la mención de Hesíodo cuando se trata este tema, nadie que sepamos parece haber advertido la semejanza con la caracterización que de cada vía (en ese caso de la *verdad* y del *error*) hace el Poema de Parménides.

“Escucha ahora lo que concierne a la fe. *Hay dos ángeles con el hombre: uno de justicia, el otro del mal.* 2. ¿Cómo, Señor, *distinguiré su acción* —dije yo— si los dos ángeles habitan conmigo? 3. Escucha —dijo— y comprende. El ángel de justicia es delicado, modesto, suave, calmo. Cuando es él el que sube a tu corazón, de entrada te habla de justicia, de castidad, de santidad, de templanza, de todo acto justo, de toda virtud noble. Cuando todo esto te sube al corazón, has de saber que el ángel de justicia está contigo, pues *son ésas las obras del ángel de justicia*; confía en él y en sus obras. 4. Mira ahora *las obras del ángel del mal.* Y para comenzar es colérico, amargo, insensato, y sus obras malas corrompen a los servidores de Dios. Por tanto, cuando sube a tu corazón, *conócelo por sus obras.* 5. No sé, Señor, —dije— cómo he de reconocerlo. —Escucha, dijo él. Cuando se apodera de ti la cólera, o la amargura, sabe que está en ti; lo mismo [cuando te invaden] los deseos de actividad que dispersa, los gastos insensatos en frecuentes festines, en bebidas que embriagan, en orgías incesantes, en refinamientos variados y superfluos, la pasión por las mujeres o por las grandes riquezas, el orgullo exagerado, la jactancia y todo lo que se le parece. Si eso te sube al corazón, haz de saber que el ángel del mal está en ti. 6. Puesto que ahora conoces sus obras, aléjate de él, no creas en él, pues sus obras son malas y funestas para los servidores de Dios. He ahí *cuál es la acción de los dos ángeles.* Compréndela y pon tu confianza en el ángel de justicia. 7. Aléjate del ángel del mal, puesto que su enseñanza es mala en todo”.

Como podemos ver, aquí no se trata precisamente de un tentador que se presente *sub angelo lucis*, sino que está caracterizado con los trazos más gruesos, en una visión realmente “en blanco y negro”. Pero no deja de ser la primera visión orgánica y global de un discernimiento de espíritus.

Para concluir, quisiéramos señalar que en Hermas, punto final de nuestro recorrido, han confluído elementos de origen judío y judeo-cristiano (Daniélou aventura la hipótesis de que fuera hijo de un esenio convertido al cristianismo, por la evidente familiaridad con la doctrina del *Manual de disciplina*, aunque no conociera directamente el texto) con elementos helénicos como la manifiesta influencia del *Cuadro de Cebes* y algunos rasgos en la caracterización de los dos caminos que nos hacen pensar en Hesíodo y en Parménides. En cuanto a la *personificación* de esos espíritus en *ángeles* buenos y malos (o en *daímones* buenos y malos, como hubiera dicho un griego) tan característica es del judaísmo tardío, como acabamos de ver, como del helénismo tardío (Plutarco, los neopitagóricos) y aun de la Grecia clásica como bien lo ha mostrado Boyancé en el trabajo que mencionábamos al comienzo<sup>30</sup>.

<sup>30</sup> P. Boyancé, “Les deux démons personnels dans l’Antiquité grecque et latine”, en *Revue de Philologie* (1935), pp. 189 ss.